

BIBLIOTECA ECONOMICA



→— NUMERO 42. —←

TOLSTOI ENIGMAS DE LA VIDA



Editor, Francisco A. Gamboa

San Salvador, Centro América.

ENERO DE 1900

Tipografía LA LUZ.

BIBLIOTECA ECONOMICA

Francisco A. Gamboa, EDITOR.

SAN SALVADOR, C. A.

Edición de 2,000 ejemplares.

Colección de los mejores autores nacionales
y extranjeros. Se publican 3 volúmenes
por mes. Valor de cada volumen,
UN REAL (\$ 0.12½ centavs)

EXTENSA CLIENTELA DE ANUNCIADORES.

La serie de 10 volúmenes, encuadrada, vale **dos pesos** plata y se remite libre de porte á cualquier lugar de Centro-América ó del exterior.

No se atienden los pedidos que no sean pagados anticipadamente.

La *Biblioteca Económica* se vende en San Salvador en todas las librerías, en el almacén de Arciniegas, en las peluquerías "*El Comercio*" y "*Venecia*" y en casa del editor.

Anticípese un peso por suscripción á 8 números.

Las personas de esta ciudad que deseen suscribirse pagando número por número [de real en real], se servirán avisarlo al Editor, quien *les mandará las entregas á domicilio.*

ENIGMAS DE LA VIDA

POR EL

CONDE LEON TOLSTOÏ

NOTICIA BIOGRÁFICA Y LITERARIA *

Nació el Conde LEÓN TOLSTOÏ, de noble y poderosa familia, que ha dado á Rusia varios hombres ilustres en la milicia, en la diplomacia y en las bellas artes, en la tierra de Yasnáia-Poliana, en el departamento de Toula, el 28 de agosto de 1828. Después de hacer sus estudios en la Universidad militar de Kazán, ingresó al ejército, sirvió como oficial de artillería en el Cáucaso, luego en Crimea, y tomó parte activa en la defensa de Sebastopol. Al firmarse la paz hizo un largo viaje por varios países de Europa; fijó su residencia en San Petersburgo y Moscou al regreso; casó en esta ciudad en 1860, y poco tiempo después se retiró á sus tierras, donde lleva hoy una vida humilde y sencilla, consagrada la mayor parte del tiempo á manuales y rústicos quehaceres.

No son las primeras ni las últimas novelas del insigne escritor ruso, cuya fama llena hoy el mundo, las más significativas para el que quiera formarse idea completa de su grandeza literaria. En sus primeros libros, desde *Los Cosacos* hasta *Katia*, puede notar el lector la evolución progresiva de las facultades creadoras, la conquista gradual de los procedimientos artísticos, la mayor intensidad en el análisis de las pasiones humanas; *La Guerra y La Paz* (publicada en Moscou en 1869,) *Ana Karenine* (en 1874), marcan el momento supremo de desarrollo síquico del escritor, reflejan como un gigantesco espejo el inmenso horizonte abierto en ese entonces ante sus ojos compasivos, clarovidentes y sondeadores; los veinte ó treinta volúmenes de dramas, novelas, narraciones, fábulas y filosofía publicados después, muestran la evolución misteriosa y profunda verificada en ese espíritu, de día en día más desprendido del arte, de día en día más preocupado de ética y de religión y más acosado por la angustia de los problemas eternos, más compelido por el misticismo grave que se anida en el fondo oscuro del Alma eslava, á obtener los porqués insolubles de la vida y de la muerte, y á traducir en fórmulas prácticas la aspiración eterna de la humanidad hacia el bien.

La Guerra y la Paz, obra formidable, á que cuadra mal el nombre de novela; narración que abarca en el tiempo veinte años de la historia de Rusia, en las jerarquías de los personajes

[* De la Biblioteca Popular de Bogotá.]

toda la escala que va desde Bonaparte y el Zar hasta los mendigos hambrientos, en la descripción de la humanidad y de la naturaleza todos los aspectos; desde las cunas donde los chicuelos agitan las manecitas sonrosadas y blandas hasta los lechos suntuosos donde agonizan los viejos cansados de la vida; desde los campos perfumados por la primavera y dorados por el sol naciente donde aroman las primeras violetas, hasta las estepas desoladas por la sombra nocturna y por el frío donde se pudren los cadáveres abandonados tras la batalla cruenta; desde las noches de luna en que las muchachas vestidas de blanco hablan de amor, asomadas á las ventanas, hasta las tardes trágicas en que las capitales abandonadas arden en el horizonte, es un inmenso panorama de la Rusia del pasado. *Ana Karenine* copia en cuadro menos amplio, en nada inferior al otro, por la intensidad de la visión y por el poder de la transcripción literaria, más artístico si se quiere, en el sentido estrecho de la palabra, la sociedad rusa de hace veinte años. En uno y otro libro se ven ya las preocupaciones que determinaron en el espíritu del autor la producción de las obras posteriores, y que han sido después la guía de su vida. Pedro Besoukoff, Nicolai Levine, el Príncipe Andrés, son el autor, con todas sus dudas, sus angustiosas incertidumbres, su malestar doloroso, al considerar los problemas eternos y sus utopías para encontrar la fórmula suprema.

Como un mágico aprisionado por ellos en el rombo que trazó á su rededor para que no lo franquearan los fantasmas evocados, esos personajes lo cercaron y se encarnaron en él; un misterioso moujik le dijo un día que el secreto de la vida consistía en el desprendimiento de todo, en el olvido de las grandezas humanas, en el desprecio de la inteligencia, del amor, del arte, del lujo, de todo lo que pueda ennoblecerla. De ahí una religión nueva, singular mezcla de moral evangélica extremada hasta un altruismo absurdo, hasta un comunismo disolvente y de desprecio por el progreso humano, llevado hasta el furor de los iconoclastas. De entonces para acá dejó de contar la humanidad con uno de los más grandes artistas que han existido, y un nuevo fanatismo tuvo un nuevo apóstol; la mano que describió á Natatcha y á Wronsky, se empleó unas veces en ennegrecer páginas que hacen propaganda contra el tabaco y contra el vino y que relegan el amor al dominio de lo inmundo, y otras en manejar la hoz en los campos donde amarillean los trigales, y en clavetear zapatos para los chicuelos de la escuela de Yasnaïa-Poliana.

¡Singular figura la del aristocrático escritor, en quien el

horror del mal hizo que cediera la inteligencia al sentimiento, y suprimió el poder de crear! Tal como lo pintan los que de cerca lo han visto, vestido con una blusa ordinaria, ceñida la cintura con una faja de cuero, membrudo y de elevada estatura, los largos cabellos blancos cayéndole sobre los hombros, la lengua barba sobre el pecho, los ojos hundidos y brillantes de místico ardor bajo las cejas espesas, la boca grave y todo él desgrefiado y venerable predicando su religión nueva á los campesinos incultos, evoca las figuras sombrías de los ermitaños de los primeros siglos, que, retirados al desierto, anunciaban la verdad salvadora y predecían la caída de los Imperios decadentes!

J. A. S.

ENIGMAS DE LA VIDA

Un zapatero, su mujer y sus hijos vivían en casa de un campesino. El infeliz obrero ganaba el pan de cada día con el sudor de su frente. Duro el pan y tan mal remunerado el trabajo que lo que de él se sacaba con pena tanta, era gastado tan luego como se ganaba. Sólo un abrigo para él y su mujer, y eso estropeado y roto; ya dos años que él esperaba poder comprar una piel de carnero para hacerse uno nuevo.

En otoño, á pesar de todo, quedaba algún dinero en casa; por este tiempo guardaba en su escondrijo la mujer del zapatero un billete de tres rublos, á los cuales se pueden añadir unos cinco rublos, veinte kopecks, de los remiendos al fiado de aquí y de allí.

Una mañana resolvió el zapatero trasladarse á la aldea con el fin de comprar la piel por tanto tiempo deseada. Púsose el manto de invierno de su mujer, sobre éste su caftán de paño; y, bastón en mano, cogió camino tan luego como almorzó, no sin haber guardado cuidadosamente en el bolsillo el billete de tres rublos. Caminando sin hacer ruido, pasaba y repasaba sus cálculos: "Llevo tres rublos, se decía, que, con los cinco que voy á recibir, son ocho precisamente, y por precio como éste,

se puede obtener una piel de carnero muy de mi agrado.”

A la primera puerta que llamó, vino á abrir una mujer; no estaba el marido en la casa; pero ella prometió que le pagaría dentro de ocho días; por ese lado, pues, se retiró como había venido. Se fue á otra casa; por esta vez sí estaba en ella el dueño, pero juró, poniendo á los dioses por testigos, que no tenía dinero, y le dio tan sólo veinte kopecks. Ocurriósele entonces que era necesario comprar la piel á crédito; pero el vendedor á quien se lo propuso no quiso oír por ese lado.

—Con unos cuantos bonitos rublos podrás escoger lo que se te antoje; sin ello nada. Repletos quedaríamos con los créditos. Sabemos á qué atenernos.

El honrado zapatero no estaba preparado para lo que le estaba sucediendo. Veinte miserables kopecks, precio de un remiendo difícil, y un par de zapatos de fieltro que le había dado un aldeano para que se los remontase, era cuanto traía de su viaje.

El malestar y el desaliento le roían el corazón; entró á la primera taberna que encontró al paso, se bebió allí sus veinte kopecks y siguió su camino. Había helado; nuestro hombre iba sin abrigo, pero sentía un suave calor en todo el cuerpo: el aguardiente le había confortado; hacía sonar el bastón contra el suelo endurecido por la helada; las viejas botas que llevaba en la otra mano, ejecutaban extraños movimientos; andando, murmuraba, á guisa de consuelo, palabras incoherentes.

—No tengo, decía, ni asomo de frío, y sin embargo voy desabrigoado. ¡Ah! y esto se debe tan sólo á un poco de aguardiente. El hace circular el calor por todas las venas, y con él hasta se puede pasar sin abrigo; pero sobre todo, regocija el corazón.—Hé aquí un hombre feliz—¿Y por qué apesadumbrarse? El no tener abrigo ¿qué importa? ¡Ah! pero mi mujer, mi mujer, maldita idea, ya comienza á hacerme rabiar. En verdad, ¿no es

esto provocador? No trabajo sino para ella, ella, que me lleva de cabestro, y yo que me someto como un cordero. Espera mujercita mía; los rublos han de salir de tu alcancía; los tendré, sí que los tendré.

Sí, lo hago como lo digo. ¡Vaya, que no he recibido sino veinte kopecks! ¿Qué podía comprar con semejante suma? ¿Qué? Beberme una tragantada de aguar-diente, hé ahí todo. Día y noche se la pasa ella gritando, que necesito esto, que necesito aquello. Y yo, cree ella acaso que yo tengo todo lo que necesito. Ella tiene la casa, el rebaño y muchas otras buenas cosas, mientras que yo estoy allí como pobre diablo que ha de proveer á todo. A ella no le falta pan, pero, ¿quién lo pagaría si no fuera yo? Sólo Dios sabe en dónde hay que buscar todo ese dinero; tres rublos por semana en pan solamente. Cuando llegue, los encontraré á todos comiendo pan, pan que cuesta nada menos que rublo y medio. Por todo esto quiero que me entregue lo que me pertenece. . . .

Discurriendo así, llegó el pobre zapatero cerca de una capilla oculta en uno de los recodos del camino. Le pareció que alguna cosa blanca se movía al pie del edificio. Como estaba entrada la noche, no pudo distinguir de lejos: aproximóse para ver mejor, y se quedó perplejo.

—¿Y esto qué es? se preguntaba. ¿Algún montón de piedra quizá? Pero en este lugar no hay nada de eso. ¿Un animal? No lo parece. ¿Será más bien un hombre? Pero hombre con semejante claridad y con formás tan vagas, sería extraño; además ¿qué haría aquí un hombre á estas horas?

Se inclinó cuanto pudo. Sí; era un hombre, pero un hombre sin vestido de ninguna clase; desnudo como criatura que acababa de nacer. No se hubiera podido asegurar si estaba muerto ó vivo. Su mirada estaba fija, y él quieto, muy quieto. El miedo se apoderó del zapatero, que se dijo temblando:

—Sin duda le han dado muerte algunos bandidos y le han dejado en este sitio después de haberle despojado. Alejémonos: toda nuestra vida está en peligro cuando nos metemos en esas cosas.

Alejándose á toda prisa, dio vuelta al ángulo de la capilla; así, la terrible aparición estaba fuera del alcance de su vista.

Apenas recorrió lo largo del muro, no pudo dejar de volver la cabeza: el hombre había dejado aquel sitio, y avanzaba mirando como si estuviese buscando algo.

El pobre zapatero creyó desfallecer, y se detuvo, diciendo para sí, todo tembloroso:

—¿Qué hacer? ¿me le acercaré ó, por el contrario, deberé abandonarle inmediatamente? ¡Amigo mío, ten cuidado! Acércate, podría sucederte alguna desgracia. Sábelo Dios si él no está allí con algún mal designio. Y si te acercas y él se te viene encima y te estrangula dejándote en el sitio. . . . Aun cuando no hubiese nada que temer, ¿qué harás tú con él? Lo sostendrás en tus brazos; desnudo está él; necesario será vestirle, despojarte de tus últimos vestidos para cubrirle. Nada de esto. Retirémonos pronto.

El zapatero siguió apresuradamente su camino. Había andado algo cuando se detuvo de nuevo. Una voz interior le hablaba, y le tenía inmóvil.

—¿Qué es eso, Sema? ¿Qué ibas á hacer? Este hombre se muere de abandono, y tú tiembles como tímido niño y quieres pasar adelante. Fuera corriente eso si te encontraras un tesoro y temieras que te robasen tus riquezas. Sema, Sema, es muy malo lo que estás haciendo. Volviéndose apresuradamente, se dirigió hacia el desconocido

II

Al aproximarse vio un hombre muy joven, cuyo cuerpo sano y robusto no manifestaba ninguna señal de vio-

lencia. Solamente que el desgraciado estaba transido y parecía atormentado; se había acercado al muro de la iglesia y se había recargado allí; no miraba siquiera á Sema, como si, agotadas sus fuerzas, no pudiera levantar los ojos.

Sema se aproximó más todavía; entonces el desconocido despertó como de un sueño, levantó la cabeza, abrió los ojos y dirigió á Sema una mirada que iba de recha al corazón.

El zapatero se descalzó, se quitó el cinturón de cuero, que fue á caer junto á las botas, después el kaftán, diciendo:

—Basta——Veo claro. Toma. ¿Quiéres probarte esto? Empieza por enderezarte un poco.

Sema sostuvo en sus brazos al desconocido y le ayudó á que se pusiera en pie.

Tenía una fisonomía que encantaba; su cuerpo, formas delicadas; sus manos y pies tan finos que parecía que no los hubiera usado jamás. Sema le colocó el kaftán sobre los hombros, y como el desconocido no diese trazas de ponerse las mangas, le cogió la mano y le ayudó; le abrochó en seguida el kaftán sobre el pecho, colocó una sobre otra las solapas y le ajustó el talle con el cinturón de cuero. Quitóse su vieja gorra para cubrir á su desgraciado hermano, pero al quitársela sintió un frío punzante en la desabrigada cabeza, é hizo esta reflexión:

—Después de todo, soy calvo y él está protegido por una espesa floresta de cabellos.

Volvió á ponerse la gorra.

—Calcémosle más bien, añadió.

Lo hizo sentar, le puso los zapatos. Después de vestirlo de esta manera, le dijo en tono cordial:

—Bien, hermano mío. Ahora, muévete un poco para que entres en calor. Así salimos del paso. ¿Puedes caminar?

El extranjero no respondió; inmóvil miraba á Sema, con los ojos henchidos de afecto y gratitud.

—¡Cómo! ¿No respondes? ¿Querrás pasar aquí el invierno? Vén nos ponemos al abrigo. Tóma mi palo, hermano, apóyate en él y trata de caminar.

El hombre empezó á andar. Andaba sin trabajo, sin quedarse atrás, hombro á hombro con Sema, que comenzó á interrogarle.

—Dime, hermano mío, ¿de dónde vienes?

—No soy de esta tierra.

—En verdad todas las gentes del contorno me son conocidas. ¿Pero qué es lo que te trae aquí? ¿Qué hacías cerca de la capilla?

—No debo decirlo.

—¿Te han hecho daño algunos miserables?

—Nadie me ha hecho mal. El que me castiga es Dios.

—Cierto que nada sucede sin su voluntad. Pero, dime, ¿no tienes algún rumbo? ¿A dónde vas?

—Todos los caminos me son iguales.

Sema estaba asombrado. No tenía su acompañante el aire de un vago ni de sujeto de mala vida: hablaba con gran dulzura. ¿Por qué no querría ser franco? “Dios mío”, pensaba el zapatero, ¿cuántas cosas ignora uno aquí, en este mundo!

Sema replicó.

—Bien, camina para casa; allí gozarás á lo menos de un momento de reposo.

Con paso alegre iba el zapatero camino del hogar, y el extranjero le seguía.

En este momento el viento se metió por debajo de la suelta camisa de Sema, y como ya se había disipado el vaporcillo de la borrachera, sintió dolorosamente aquel sople helado. Tiritando de pies á cabeza, apresuró el paso, estirando sin compasión el abrigo de su mujer para

que le alcanzara á cubrir el pecho. Entonces le asaltaron pensamientos tristes:

—Sali de casa esta mañana á comprar un cobertor de piel de carnero, vuelvo á ella desnudo y trayendo, además, un hombre, desnudo también. De seguro que esto no agradará á Matrema.

Al pronunciar el nombre de su mujer, tuvo el pobre hombre una opresión de corazón. Dirigió á hurtadillas una mirada á su protegido, y al ver esta figura tan amable, tal cual se le presentó cerca de la capilla, entraron otra vez en su corazón el contento y la confianza.

III

Temprano había acabado su tarea cotidiana la mujer del zapatero. El agua y la leche quedaban preparadas para el día de mañana; los muchachos habían merendado, ella también, y ahora, hablando consigo misma, perpleja, andaba en decidir si era ó no necesaria una nueva provisión de pan.

—Si Sema, decía, comió por el camino, nada tomará esta noche, y hay para mañana bastante pan.

Veinte veces volvió y tornó á volver el pedazo que quedaba; al fin se decidió:

—Convengamos, dijo, en que no tenemos harina sino para una vez y en que tiene que durar hasta el viernes.

Guardado cuidadosamente el pan, Matrema tomó la aguja y empezó á remendar una camisa del marido. Mientras que la mano iba y venía, Matrema pensaba en su Sema, que compraba una piel de carnero de la cual se había de sacar el famoso abrigo.

—¡Dios mío! Con tal que no se deje engañar, decía manejando nerviosamente la aguja. Malicia no tiene el buen hombre; tan dócil es, que un niño lo llevaría por donde quisiera, y tan honradote, que no cometería una mala acción, por ligera que fuese. No son, en veddad, ocho rublos, suma despreciable; con ella se consigue una rica

manta, sin adornos, es cierto, pero siempre es una manta. ¡Cuánto sufrimos el invierno anterior por no tenerla! A ninguna parte podía ir, ni siquiera al arroyo. Al partir se llevó todo, todo, no quedó siquiera algo que me calentase. Temprano se marchó. ¿Qué habrá estado haciendo para que no haya llegado? ¡Ah, ya lo sé! ¡Si se habrá detenido mi hombre en la taberna!

Acababa su corto monólogo cuando sonaron de repente pasos en la escalera.

Dejó Matrema su labor y se levantó con afán. Ve, no sin mucha sorpresa, entrar dos hombres: el uno, su marido; el otro, uno como especie de aldeano, con altas botas de fieltro, sin gorra, en una palabra, un extraño acompañante.

El olfato de Matrema, había maliciado, desde luego el olor del aguardiente.

—¡Dios eterno! pensó, algo me lo había dicho; mi hombre ha bebido!

Pero cuando le vio sin kaftán, á medio cubrir con el abrigo viejo, estarse allí callado, como si fuera culpado, la cabeza baja y sin decir palabra, sintió ella que el corazón se le rompía.

—Se ha embriagado, dijo con una amargura atroz; se ha bebido con este otro borracho nuestro único capital, y, como si no fuera esto bastante, le trae aquí.

Los dos hombres entraron á la habitación. Matrema los siguió, tratando con mucho empeño de distinguir al desconocido. Observa que es muy joven, de color pálido, de tímido porte y que lleva su mismo kaftán sobre el pellejo. Ni sombra de camisa ni de gorra. Se adelantó, quedó pegado al suelo, no se movía, no se atrevía siquiera á levantar los ojos.

—Este no puede ser un hombre de bien, se dijo Matrema. . . . me causa miedo.

Retrocedió, acercóse al fogón, aguardando con mal ceño lo que iba á suceder.

Se quitó Sema la gorra de cuero y se sentó en el banco. Preocupado con la idea de regalar á su huésped, preguntó á Matrema:

—Mujercita, ¿qué nos das de cenar?

La mujer, como estatua, delante del fogón, refunfuñaba algo entre dientes. Miraba ya al uno, ya al otro, sacudiendo la cabeza con aire descontento.

Sema se hacía el desentendido, y cogiendo la mano al desconocido, le dijo en tono cariñoso:

—Siéntate, hermano mío, comamos un bocado.

El extranjero se sentó con timidez al lado de Sema.

Este insistió:

—Mujercita, ¿no hay nada en la cocina?

Esta vez estalló Matrema:

—Sí, algo queda, ¡pero yo dártelo! ¡Ah! ¡eso sí no! Un hobre que ha bebido hasta no saber en dónde está, que salió de casa para comprar una piel y vuelve á ella sin el caftán que llevó y con un vago por compañero. No, no seré yo la que dé de cenar á haraganes y borraches de calaña como la tuya.

—Déjate de charlar, tonta, ligera de lengua. ¿Por qué no averiguas primero?

—Lo que primero me importa saber es lo que has hecho de nuestro dinero.

Sema metió la mano al bolsillo, sacó el billete de tres rublos y lo alargó á su mujer.

—Tóma, dijo. Trifouan no dio nada, prometió pagar mañana.

Estas palabras, en vez de calmar á la encolerizada mujer, la provocaron de nuevo.

—¡Sin capote! ¡Mi caftán cubriendo un desarrapado! ¡Un vago en casa! exclamó rapando á Sema los billetes, que puso en lugar seguro, todo esto sin dejar de

hablar. Nó, nada hay aquí para éstos. ¡Qué bonito si tuviera que trabajar para mantener tus borrachos, á tus amigos de taberna!

—¡Matrema! aquieta la lengua, mujer brutal, y escucha lo que tengo que decirte.

—¡Que tienes algo que decirme! ¡Miren al zopenco que quiere hacerme saber algo! ¡Ah! razón tenía cuando no te quería por marido. Toda la ropa blanca que me dio mi madre la has vendido para beber; y hoy, hoy mismo, en vez de comprar la capota te metes en la taberna.

Queriendo explicar Sema que no había bebido veinte kopecks, empezó á contar la relación de su encuentro con el extranjero; pero Matrema le interrumpe dando golpes repetidos y hablando sola. ¿De dónde saca tanto? Dios, ¡qué río de palabras, la una no aguarda á la otra! Saca á cuento cosas de hace diez años, se enardece más y más, grita y se va sobre el marido, al cual agarra con fuerza por los brazos.

—Y mi manteleta, la única buena, conque la querías también? Dámela, borracho, ó aguanta garrote.

Sema, sin responder, se dispone á obedecer, se quita una de las mangas del abrigo, su mujer tira con violencia de la otra, haciendo chirriar todas las costuras; después se precipita hacia la puerta con el deseo de largarse; de repente se detiene; una voz ha hablado en ella y le dice que se éntre y pregunte quién es el extranjero.

IV

—Si fuera honrado, dijo á Sema, no andaría desnudo, sin tener siquiera una camisa; si hubiera estado para cosa buena en donde lo encontraste, mucho haría que me habrías dicho en donde fue.

—Voy á decírtelo: seguía tranquilamente mi camino, cuando veo á este hombre tendido delante de la ca-

pilla, desnudo como niño recién nacido, entumecido por el frío, porque con tiempo como éste, no es cosa agradable estar á campo abierto y sin vestido. Dios ha guiado mis pasos hacia él; sin mí, ya estaría muerto. ¿Qué debía hacer? No sabe uno lo que puede suceder en este mundo. No vacilé, dividí con él nuestras ropas y le dije que viniera conmigo. Así mujer *mía*, ablánda ese corazón duro, no peques, acuérdate que tenemos que morir.

El espíritu del mal estaba aún en Matrema: dirigió al desconocido una mirada de desconfianza, y se quedó callada. El extranjero permanecía inmóvil, sentado en el borde del banco, las manos cruzadas sobre las rodillas, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos cerrados, la frente velada por honda tristeza y la respiración afanosa.

Matrema no decía una palabra. Sema la interpeló de repente:

—¡Matrema! ¡Le habrá abandonado Dios!

Esta exclamación vibró de un modo extraño en el oído de Matrema, miró otra vez al extranjero y sintió que su corazón se descargaba de inmenso peso. Abandonó la puerta, se aproximó apresuradamente al fogón, retiró de él la cena, la colocó delante de los dos hombres, cogió la vasija del kwass, la puso sobre la mesa después de haberla llenado hasta derramarse; alcanzó también el último pedazo de pan, y con voz suavisima dijo á sus huéspedes á medida que les ponía delante los cuchillos y las cucharas:

—Ahora, coman, esto es todo lo que puedo ofrecerles.

—Amigo mío, cóme, dijo Sema á su vez, después de cortar un trozo de pan y echarlo á la sopa.

Y entonces el ir y venir de las cucharas á la fuente común. A Matrema, que de codos en uno de los ángulos de la mesa, no quitaba los ojos del extranjero se le enterneció el corazón. En este instante las facciones del

extranjero se iluminaron con un relámpago de felicidad, la tranquilidad volvió á su frente, alzó los ojos á Matrema y sonrió dulcemente.

Acabada la comida, levantada la mesa, Matrema interrogó al extranjero:

—¿Quién eres?

—Por aquí no me conocen.

—¿Pero por qué te encontrabas en el camino de la aldea?

—No puedo decir nada.

—¿Quién te dejó de esa traza?

—Dios me castiga.

—¿Conque es verdad? ¿Conque estabas desnudo delante de la capilla?

—Sí, es cierto. Helaba, el frío me había embotado, me vio Sema, y se apiadó de mí. Se quitó el caftán para arroparme. Tú, como Sema, te compadeciste de mi desamparo y me diste con qué satisfacer mi sed y mi hambre. Que Dios os recompense con la eterna bienaventuranza.

Matrema cogió la camisa que acababa de remendar y un pantalón viejo que dio al extranjero, diciendo:

—Tóma, hermano, ponte esto. No puedes estar sin camisa. Escóge el lugar que te acomode para pasar la noche: en la tarima ó en el rincón del fogón.

El extranjero se acostó en la tarima después de haber devuelto el caftán. Matrema, por su parte, apagó la luz y se acostó al lado de su marido, quedando á medio cobijar con la mitad del caftán. La idea del misterioso huésped no la dejaba dormir; se decía que lo que quedaba de pan se había consumido; que no había para el día siguiente; que había dado hasta la camisa de su marido. Se impresionaba penosamente con estos pensamientos; pero acordándose de aquella tan suave y amable sonrisa, con que habían sido correspondidos sus benefi-

cios, en vez de la tristeza, la invadió la dicha. Largo tiempo estuvo así despierta, notando que Sema no dormía, pues Sema, para arroparse mejor, tiraba y tiraba del caftán.

—¡Sema! dijo.

—¿Qué quieres?

—No tenemos ni un bocado de pan. No puse más en la hornilla. ¿Qué hacemos mañana? ¿Habrás que pedirlo prestado á nuestra vecina Maluja?

—Cuando uno despierta con salud no le falta qué comer.

Esta respuesta hizo callar á Matrema; sin embargo, replicó un momento después:

—Bien se echa de ver que este hombre no es malvado. Pero ¿por qué no se deja conocer?

—¿Y qué? Le será prohibido, sin duda.

—Otra pregunta, Sema.

—¿Todavía otra?

—¿Por qué á nosotros que estamos tan prontos para dar, nadie nos da?

—Charlar por charlar. Durmamos.

Volviéndose, se quedó profundamente dormido.

V

El se levantó al siguiente día más tarde que de costumbre. Los niños dormían aún.

Matrema había salido á hacer un pequeño préstamo á la vecina. El extranjero estaba ya sentado en su banco, vestido con los zapatos viejos y la camisa remendada. Una serena calma resplandecía en su rostro, y su mirada se elevaba al cielo.

Sema se presentó y le dijo:

—Hermano, charlemos un poco, no podemos vivir sin comer ni beber; además, necesitamos vestidos; el hombre debe ganar el pan: ¿Sabes tú hacer algo?

—Yo no sé nada.

Sema se sobresaltó: pero disimulándolo prontamente, dijo:

—Es necesario que tomes afición al trabajo; el hombre puede aprenderlo todo.

—Yo trabajaré como tú.

—¿Cómo te llamas?

—Miguel.

—Basta, no te pregunto más, puesto que no puedes contestar. Querido Miguel, aplícate, bajo mi dirección no te faltará aquí nada.

—¡Dios te bendiga! Ahora manda, y yo obedeceré.

El zapatero tomó entonces una pelota de cáñamo y se puso á torcerlo.

—Mira, dijo, esto no es difícil.

Miguel puso toda su atención; cuando le tocó hacer el ensayo, salió de esta primera prueba con un éxito completo.

Sema continuó iniciándolo en todos los secretos del oficio. El aprendiz revelaba habilidad é inteligencia, y sólo proporcionaba satisfacción á su maestro.

Por difícil que fuera una obra, salía de sus manos aseada y bien hecha; á los tres días trabajaba como un obrero de veras; se diría al verlo, se hubiera podido decir, que no había hecho otra cosa en su vida. No perdía un momento, comía con moderación y no salía jamás.

Cuando tenía algún momento de reposo, permanecía con la mirada fija en el cielo; ninguna palabra inútil salía de sus labios; no se reía jamás, y nadie lo había visto sonreír sino el día de su llegada, cuando Matrema le dio de comer.

VI

Así las cosas días y días, semanas y semanas, transcurrió un año. El maestro Sema tenía un obrero hábil,

reconocido como el mejor; por esto llovían las obras en la humilde vivienda del zapatero.

Un día, en la crudeza del invierno, una rastra tirada por tres briosos caballos se detuvo delante de la puerta; Sema y su oficial interrumpieron el trabajo y se inclinaron sobre la ventana.

Un brillante lacayo saltó con viveza del pescante y abrió la portezuela. Se desmontó un personaje de porte distinguido, forrado en pieles de la cabeza á los pies, y se dirigió derecho á la escalera.

Matrema se había lanzado á abrir la puerta. El personaje se inclinó al pasar bajo el dintel y se entró en la pieza. De estatura más que mediana, poco faltó para que, al enderezarse, chocara contra el cielo raso. Su aire de gran señor hacía contraste con la modesta morada, que parecía demasiado pequeña para él.

Levantóse el zapatero con presteza, hizo un largo saludo, abobado en presencia de tan gran señor; nunca un personaje como éste había estado bajo su techo. ¡Qué contraste!

De un lado Sema, con el color pronunciado, el rostro cubierto de arrugas; Miguel, con su vaga figura delgada; Matrema, cuya surcada piel se estiraba sobre los huesos; del otro, un coloso, de rostro lleno, pronunciadas venas, contextura recia, un sér, en una palabra, como salido de otro mundo.

El personaje respiró con fuerza, se quitó el abrigo de pieles, se sentó y preguntó:

—¿Quién es aquí el maestro?

—Yo soy, señor, respondió Sema adelantándose.

Volvióse el gentil hombre á su lacayo y le dijo:

—Fedka, trae el rollo de cuero.

El lacayo se despachó y volvió con un envoltorio que entregó á su amo. Este lo colocó sobre la mesa.

—Extiéndelo, le dijo:

Hecho esto, el gentilhomme apoyando el índice sobre el cuero, se dirigió á Sema.

—Escucha, zapatero y maestro calcetero; ¿ves este cuero?

—Lo veo, señor, balbució Sema.

—Lo ves, sí, ¿pero sabes bien lo que es esta mercancía?

Sema manoseó el cuero y dijo:

—Hermosa, á la verdad.

—Hermosa, has dicho bien; tan hermosa que juro que uno como tú no ha visto una sola que siquiera se le parezca. ¿Sabes que es cuero alemán y que me cuesta veinte rublos?

Sema balbució:

—¿Dónde pudiera encontrarse algo parecido?

—La misma pregunta me hago. Ahora, escucha con atención. Quiero que con este cuero se me haga un par de botas, pero quiero una obra maestra. ¿Te encargarás de este trabajo?

—Sí, mi señor, me encargaré.

El gentilhomme apostrofó con rudeza á Sema: ¿Te encargarás? Que listo estás en responder. ¿Sabes para quién trabajas y lo que vale este cuero? Quiero unas botas que puedan usarse por un año, sin que se tuerzan, sin señal siquiera de uso, ni averías de ningún género. Si te crees capaz, trabaja en mi precioso cuero, te lo entrego; pero si no tienes confianza, no te encargues del trabajo, porque te advierto, al más ligero estropeo ó rotura que se encuentre al cabo de un año, te arrojaré sin piedad á la cárcel: si, por el contrario, me satisface tu obra, tendrás como precio un rublo de plata.

Sema perdió toda su confianza. No se atrevió á responder, é interrogaba á Miguel con los ojos. Como éste se hiciese el desentendido, Sema le codeó, diciéndole en voz baja:

—¿Acepto?

Miguel meneó la cabeza como diciendo:

—Acepta, puedes hacerlo.

Con este consejo aceptó Sema y prometió hacer unas botas que durarían intactas un año entero.

Después de esto, llamó el señor á su lacayo, se hizo descalzar el pie izquierdo y estiró la pierna, para que el obrero tomara las medidas.

Tomó Sema unas tiras de papel, las unió cosiéndolas punta á punta; obtuvo así una medida de diez *werschok* poco más ó menos, la alisó cuidadosamente con la mano, luego, rodilla en tierra, dio principio á la operación, no sin refregarse las manos con el delantal, por temor de manchar la media del gran señor. Primero le midió la palma, después la punta del pie.

La pantorrilla era una columna: la tira de papel no alcanzó á darle la vuelta.

—Cuidado con hacerme las cañas muy estrechas, dijo el gentilhombre.

Sema se apresuró á unir una nueva tira de papel, mientras que el extranjero, sentado con descuido, observaba las personas de la doble vivienda.

Al dirigir la vista á Miguel, dijo:

—¿Y quién es éste? Supongo que un aprendiz.

—Dígnese su señoría excusarme; ese joven es ya maestro: es él el que va á hacer las botas.

—Mozo, mucho cuidado. Has oído, un año entero han de durar buenas las botas que quiero.

Sema también había suspendido para volverse hacia Miguel, pero éste se ocupaba en muy distinta cosa que el gentilhombre: miraba con tenacidad singular hacia el ángulo de la habitación; de repente una sonrisa le iluminó el rostro y pareció transfigurarse.

—¿Qué es eso, bobalicón? exclamó el señor. ¿De

qué te ríes? Piénsa más bien en acabar mis botas á tiempo y en la obra que tienes á cuestras.

—Listas estarán para la hora en que se pidan, respondió sencillamente Miguel.

—Así lo ordeno.

El gentilhombre se hizo calzar, se encerró en su abrigo y se dirigió hacia la puerta; al pasar por ella olvidó agacharse, y se golpeó duramente la cabeza. El noble personaje echó pestes y maldijo de lo lindo, sobándose la frente y corriendo hacia la rastra, que partió al galope.

Ruda había sido la escena; Sema lanzó un suspiro de alivio.

—¡Qué hombre de hierro! Un mazo no le abatiría: su cabeza ha hecho crujir el cielo raso, y no se dio por entendido.

Matrema observó por su parte.

—Gentes que tienen cuanto quieren ¡qué de raro que estén frescos y robustos? Lo mismo da, la muerte los tronchará á todos.

VII

Pasado un momento, dijo Sema á Miguel:

—Tenemos yá tarea; está bien. Con tal que no nos suceda alguna desgracia. No hay con qué pagar el cuero; el señor es un hombre brusco. Una rotura es fácil. A ti te toca manifestar lo que puedes hacer. Tú tienes la vista más segura que yo, tus manos son más hábiles que las mías. Cortarás el cuero y yo coseré las piezas. Miguel, sin responder, extendía el precioso rollo sobre la mesa y, tijeras en mano, empezó á cortar.

Mientras que Sema se alejaba, su mujer, curiosa por ver la operación, se arrimó á Miguel; ella sabía muy bien cómo se trabajaba sobre el cuero, pero por esta vez no pudo dar crédito á sus ojos. En contra de todas las re-

glas, Miguel cortaba la pieza en una serie de ruedas. Matrema quedó desconcertada; sin embargo se calló, por temor de meterse en cosas en las cuales no entendía.

Púsose en seguida el obrero á coser las piezas, pero en contra del uso: parecía que iba á hacer zapatos destinados á llevarse sobre el puro pie, como los que se ponen á los muertos. Matrema se espantaba más y más; Miguel seguía imperturbable. Ya había pasado la tarde; cuando volvió Sema, yá estaba transformado el cuero en un par de zapatos para difunto.

El infeliz juntó las manos.

—¡Dios mío! exclamó, un año hace que está aquí, no ha cometido el menor yerro; y que así, de repente, me cause tan grave perjuicio! ¡Unas zapatillas en vez de las botas que se pedían! ¡El hermoso cuero reducido á nada, perdido! ¿Dónde encontrar uno semejante? ¿Con qué le salgo al gran señor? ¿En qué pensabas? Miguel amigo. Me has clavado un cuchillo en el corazón. Se te piden unas botas y tú. . . . Su cólera iba á estallar cuando golpes seguidos hicieron estremecer la puerta. Todos se dirigieron hacia la ventana. Un jinete que acababa de desmontarse, amarraba el caballo.

Salieron á su encuentro y reconocieron al lacayo del señor.

—Buenos días, dijo.

—Buenos días, ¿en qué podemos servirle?

—Vengo de parte de mi amo, á propósito de las botas.

—¿De qué se trata?

—Mi amo yá no tiene necesidad de ellas; no es de este mundo.

—¿Qué es lo que estás diciendo?

—La pura verdad. Cuando se fue de aquí, no debía llegar vivo á su casa: la muerte le sorprendió en el camino. Cuando llegamos al castillo, abrí la portezuela; él, inmó-

vil como piedra, el rostro pálido, rígido el cuerpo: estaba muerto. ¡Por Dios! ¡cuánto trabajo en sacarlo del carruaje! Por esto, mi señora me envía á ti con esta orden:

“Vé á decir al zapatero que tu amo ya no necesita las botas que mandó hacer, que ha pasado á la eternidad, y que del precioso cuero haga un par de zapatos para el difunto. Aguárdate y los traes. Apresúrate.”

Miguel reunió los recortes del cuero, colocó uno sobre otro los zapatos, después de haberlos limpiado con la punta del delantal, y haciendo de todo un paquete, lo alcanzó al mensajero, que partió diciendo:

—Adiós, buenas gentes. Que lo pasen bien.

VIII

Transcurrió un año y otro, y así seis, desde la llegada de Miguel á la casa del zapatero. Todo marchaba como de costumbre. El hábil obrero trabajaba sin descanso.

No abandonaba jamás la habitación, y no salía de su boca ni una palabra ociosa. Dos veces tan sólo se le había visto reír: la primera, cuando Matrema le sirvió la cena; la segunda, cuando el gentil hombre mandó hacer las botas.

Ya no porfiaba Sema sobre el origen de Miguel; tan sólo temía que le abandonase un día cualquiera.

Toda la familia se hallaba un día en la pequeña habitación: Matrema colocaba unas ollas en el fogón, los niños jugaban sobre los bancos, dirigiendo de tiempo en tiempo á la calle una curiosa mirada; Sema y Miguel se ocupaban en hacer un par de contrafuertes.

Uno de los rapazuelos viene corriendo sobre el banco en que Miguel estaba sentado, se le recarga en las espaldas y exclama mirando á la calle:

—Tío Miguel, mira, la mujer del mercader viene

también para acá; ella tiene dos niñas; repára cómo cojea la una.

No bien oye Miguel estas palabras, deja su tarea, se vuelve con viveza hacia la ventana y mira hacia afuera con extraña porfía.

Sema se asombraba. Jamás había visto á su oficial inquietarse por lo que pasara en la calle, y ahora, de súbito, parecía magnetizado.

Sema miró á su vez y vio á una mujer que se acercaba trayendo de la mano á dos niñas; ella muy bien puesta; vestidas ellas con abrigos adornados con fichús de color claro. Tanto era lo que se parecían, que, sin la cojera de la una, difícil por demás hubiera sido el distinguirlas.

Subió la señora la escalera, y entró precedida de las dos niñas.

—Buenos días, dijo al entrar.

—Para serviros, señora mía. Entrad, os lo ruego, respondió Sema.

Sentóse la señora delante de la mesa; las dos niñas se pegaban á ella, un tanto esquivas en medio de caras desconocidas.

—Quisiera, dijo la señora, que se hiciera á mis hijas un par de zapatos para el año nuevo.

—Nada más fácil, señora, aunque es la primera vez que calzamos pies tan pequeños; tengo un obrero tan hábil que saldrá del empeño á las mil maravillas.

Sema se volvió hacia Miguel: pasmado quedó al notar que éste, en vez de volver á tomar la labor, miraba atentamente á las niñas. Encantadoras en verdad: negros los ojos, mejillas tersas y de color de rosa, y luego, qué bien que les sentaban los abrigos y fichús; esto no explicaba, sin embargo, la actitud de Miguel, que las miraba y miraba como si en ellas contemplara la realización de un sueño.

Se reservó Sema sus reflexiones y continuó entendiéndose con la señora. Ajustado el precio, buscó Sema sus tiras de papel y se dedicó á arreglarlas para tomarles las medidas.

La señora colocó á la cojita sobre las redillas, y dijo á Sema:

—Para ésta, tome dos medidas y haga un zapato para el pie dislocado y tres para el otro, que, como gemelas que son, lo tienen igual.

Cuando tocó Sema el pie baldado, preguntó:

—¿Tan encantadora y con esta lesión? ¿De dónde le resultó? ¿De nacimiento?

No tanto. Fue su madre al darla á luz la que le lastimó el pie.

La curiosa Matrema se adelantó diciendo muy asombrado:

—¿Conque no es usted la madre?

—¿La madre? ni siquiera parienta, buena mujer; no hay entre ellas y yo ningún vínculo de sangre: son hijos míos por adopción.

—¿Y cómo sin ser la madre tiene por ellas tanto cariño y tantos mimos?

—¿Cómo podría no amarlas cuando mi seno las ha alimentado! Yo tenía un hijo, Dios se lo llevó; pero mi ternura no era más grande para él que para ellas.

—¿Y de quién son estas niñas?

IX

Empeñada la conversación entre las dos mujeres, la madre adoptiva hizo la siguiente relación:

“Seis años hace, día por día, que tuvo lugar la desgracia.

En una misma semana perdieron á sus padres estas dos huerfanitas. Yo vivía entonces con mi marido en la aldea y los conocíamos bien. El padre, un poco retraído,

trabajaba en el bosque; un día, cayó de mal lado un árbol que estaba derribando y le aplastó la cabeza. Expiró cuando se le traía á la casa. Tres días después su mujer daba á luz á las dos niñas. Quedaba desamparada, con la miseria y el dolor por compañeros. Salió de aquel trance sola, y murió.

Al día siguiente, cuando fui á verla, estaba helada, rígida. En las luchas de la agonía, la infeliz mujer se recargó sobre una de las criaturas y le dañó el piececito; desde entonces quedó liciada.

Corrí á llamar los á vecinos; volaron adonde estaba la muerta, la bañaron, la vistieron, mandaron hacer el cajón; como buenos vecinos todos contribuyeron.

¿Qué hacer con las dos criaturas? Como yo era la única que tenía un mamoncito, el único que tuve, de ocho semanas entonces, á mí me tocaba hacerme cargo de ellas.

—María, me dijeron los vecinos después de haberse consultado, cuida los niños mientras se ve lo que convenga hacer.

Al principio cuidaba más solícitamente al que estaba sano; como parecía que el otro iba también á morir, quería descuidarlo, pero el corazón me decía muy quedito: ¿por qué este angelito no ha de vivir también? Ganó la compasión: desde este momento le dí de mamar, y vivió; de esta suerte mis hijos eran tres. No carecía de nada; el Dios misericordioso aumentaba el alimento de los huérfanos. Mientras que daba de mamar á dos, el otro aguardaba su turno. Entonces descargó Dios sobre mí una espantosa prueba. Mientras que yo criaba hijos ajenos, juzgó bueno llevarse el mío, que tenía dos años; después no he tenido más. Fue nuestra única desgracia. Vinimos á establecernos cerca de aquí: administramos un molino, el sueldo es bueno y nos permite vivir sin estrecheces. Sin hijos, ¿qué vida hubiera sido la nuestra sin

estos querubines! ¡Dios Santo! ¡Cómo podría no amarles! Ellos son mi encanto, mi existencia.”

Y la caritativa mujer, dominada por la emoción, apretaba apasionadamente contra su pecho á la enfermita, enjugando con la mano que le quedaba libre las lágrimas que asomaban á sus ojos.

Matrema, pensativa, dijo suspirando:

—Nada son padre ni madre sino la voluntad de Dios.

—Charlaban todavía las dos mujeres; de repente una viva claridad invadió el cuarto. Se miraron sorprendidas. La claridad partía de Miguel. El, como transfigurado, las manos unidas sobre las rodillas, miraba al cielo y sonreía.

X

La señora acababa de retirarse, llevándose las dos niñas. Miguel, de pie, había dejado de trabajar. Se quitó el delantal, se inclinó y dijo á sus huéspedes:

—Amados bienhechores, permitid ahora que me vaya en paz. Dios me ha perdonado, vosotros también perdonaréis. Y todo él irradiaba con brillo más y más deslumbrador á los ojos de sus atónitos huéspedes.

Sema, dominado por un inmenso respeto, respondió inclinándose.

—Miguel, bien veo que eres un sér aparte; así, no puedo detenerte. Tampoco me atrevo á exigirte que me reveles lo que es sin duda un misterio. ¿Pero no me querías explicar una cosa? ¿Por qué, cuando te traje aquí, tu rostro tan triste se iluminó cuando mi mujer arreglaba la mesa para la cena? ¿Por qué cuando aquel gentilhombre estaba sentado en este lugar, tenías una sonrisa tan angelical? ¿Y por qué, en fin, aquella tercera sonrisa y aquel maravilloso resplandor delante de la señora y de las niñas que acaban de salir? Dínos,

Miguel, qué es esa auréola que te rodea, y dínos también por qué has sonreído tres veces.

—Dios me ha perdonado, acabó mi expiación, y por esto ha permitido que su esplendor vuelva á mí. Cada una de aquellas sonrisas era una sonrisa de gozo, porque á cada una oía la palabra de Dios, y á la tercera debía acabar mi castigo. Cuando en presencia de mi desamparo, se despertó la piedad en el corazón de tu mujer, entonces oí yo la primera palabra y tú viste mi primera sonrisa: cuando el gentilhombre mandó hacer aquellas botas que no debía usar jamás, oí la segunda palabra, y también sonreí; y en fin, cuando las dos gemelas me hicieron oír la tercera y última palabra, sonreí por la tercera vez.

Sema replicó:

—Miguel, dínos qué palabras son esas y por qué te ha castigado Dios.

—Dios me ha castigado por no haber cumplido su voluntad. EL me había hecho ángel del cielo, yo me rebelé contra EL; sí, un ángel era: Dios me envió aquí abajo á recoger el alma de una mujer. Encontré una infeliz en un espantoso desamparo, dando á luz dos niñas. Las pobrecitas buscaban el seno de la madre, que no tenía alientos para tomarlas en brazos. Me vio ella á su lado y se estremeció como si presintiese á qué me enviaba Dios.

—Ángel divino, me dijo, derramando amargas lágrimas, acaban de enterrar á mi marido; un árbol al caer le mató; no tengo ni madre ni padre, ni nadie quién cuide á mis hijos. Apíadate; déjame, te lo ruego, que á lo menos pueda alimentarlos. ¿Qué harían ellos sin padre ni madre?

Me apiadé, dejé á los recién nacidos; los coloqué sobre su pecho, y subiendo al cielo, me presenté al trono de Dios y le dije:

—No he podido traer el alma de la nueva madre. Su marido murió en la floresta; ella quedó abandonada y con dos gemelos, me suplicó que le dejara tiempo para criarlos, y no he tenido valor para resolverme á arrebatárle el alma.

El Señor me ordenó entonces de nuevo:

—Véte, te lo mando, tráe el alma de aquella madre, y cuando oigas estas tres cosas:—Lo que hay en el corazón del hombre;—lo que el hombre no puede saber;—lo que conserva la vida del hombre; cuando las hayas oído y comprendido su significado, podrás volver al cielo:

Cayeron las criaturas de los brazos de la madre, que se recostó pesadamente sobre una de ellas y le estropeó el pie para siempre. Tendí el vuelo con el alma de la muerta, un torbellino me tronchó las alas, caí cerca de la aldea, y el alma subió sola hacia á Dios.

XI

Sema y su mujer lloraban de miedo y de gozo al saber quién era el que habían recogido y abrigado tantos años bajo su techo.

El ángel continuó:

—Abandonado de Dios, me encontré desnudo en el camino. No tenía ninguna idea sobre la condición del hombre, y tenía necesidad de serlo para experimentar sus miserias y aprender á conocer el hambre y el frío. Hambreado y yerto, no sabía cómo salir de esta espantosa necesidad. Ví entonces, allá lejos en el campo, una capilla consagrada á Dios. Me acerqué y quise entrar, pero me eché al pie del muro. Negra estaba la noche, helada la tierra. Pensé que iba á morir, cuando un hombre avanzó por el camino. Este hombre tenía una familia á quien mantener, á duras penas con qué vestirse; le era imposible, pues, socorrerme. Apenas me vió, su rostro se tornó sombrío, me causó espanto; él se apresuró á seguir su camino. La

desesperación se apoderaba de mí; el caminante volvió sobre sus pasos, le vi otra vez el rostro; no era el mismo. La primera vez que lo miré, vi en su cara la fatídica muerte; la segunda, resplandecían en él la vida y la luz: reconocí la imagen de Dios. Avanzó hacia mí, se despojó de sus vestidos para cubrirme, y me trajo á su casa. Entrámos: una mujer nos recibe en el umbral de la puerta.

Su cara era espantosa, el espíritu de la muerte brotaba de su boca; ella quiere echarme en una noche tan fría; yo sabía que apenas hubiera cumplido su desec, moriría. Su marido le habla de Dios, y todo cambia en ella. Nos hizo cenar, y como ella me miraba fijamente, dirigí á ella la vista; radiosa estaba su fisonomía; reconocí en ella la imagen de Dios; oí entonces la primera palabra: "Tú sabrás lo que hay en el corazón del hombre." Y supe que en el corazón del hombre hay amor; esto causó mi primera sonrisa.

Habitaba bajo vuestro techo. Pasado un año, se presentó un hombre y pidió unas botas que le durasen un año sin deteriorarse; miré aquel hombre y ví á su espalda unos de mis celestes compañeros, el ángel del amor; no podía equivocarme, y supe que, antes que la noche llegase, el alma del gentilhombre sería reclamada, y hablando conmigo mismo, me dijo: "Hé aquí uno que se inquieta por un año entero y esta noche ha de morir." El hombre no puede predecir aquello que su cuerpo necesita. Hé aquí la segunda palabra de Dios:

"Sabrás lo que no ha sido dado saber al hombre."

Sonreí otra vez porque mi pena se aligeraba.

Sin afán aguardé en medio de vosotros á que Dios me revelase su tercera y última palabra. En fin, pasados seis años, vino aquí la buena mujer; reconocí en los querubines que traía, las dos gemelas de la muerta, y me dije:

“Tánto que suplicaste para que no les fuese arrebatada la madre, creyendo que sin padre ni madre, ellas morirían: Hé aquí que una mujer extraña ha venido á amamantarlos y á llevarlos á su casa para educarlos. . . .” Y cuando aquella mujer, derramando amorosas lágrimas, apretaba contra su pecho á los hijos de otra, en ella reconocía al mismo Dios vivo; vi lo que conserva la vida á los hombres. Entonces comprendí que Dios me había perdonado.

Esta es la causa de mi tercera sonrisa.

XII

Una deslumbradora luz envolvió al ángel, y una voz del cielo dejó oír estas palabras:

—Ahora sé que la vida no se conserva ni por los cuidados ni por las inquietudes del hombre, sino por el amor. La moribunda mujer no sabía cómo vivirían sus hijos. El opulento señor ignoraba lo que le aguardaba en la hora siguiente: no hay mortal que prevea si llevará por la tarde zapatos de muerto ó de vivo.

He debido la conservación de mi vida, nó á mis afa-nes y cuidados, sino á la caridad de un hombre y de una mujer que recogieron al infeliz encontrado en el camino. Les conmovió mi desamparo, y me dieron su amor.

Las huerfanitas viven, no por los esfuerzos de un padre ó de una madre, sino por el amor que les ha consagrado un extraño. No son las mezquinas preocupaciones de los hombres las que mantienen la vida, sino la chispa divina, el amor que hay en el corazón. Sabía que Dios da á los hombres la vida y quiere que la conserven; ahora sé que EL no quiere que vivan aislados, y por esto deben ayudarse por la caridad. He visto que la carga de la vida atormenta demasiado á los hombres de corta visión, habiendo algo más grande que la vida: el amor sostenido por Dios.

Elevó entonces el ángel un cántico de alabanza, y el sonido de su voz conmovió hasta las raíces la vivienda de Sema; se abrió el techo, y una columna de fuego ascendió de la tierra al cielo. Sema y los suyos cayeron de rodillas medio desvanecidos; y el ángel, desplegando sus nuevas alas, se elevó majestuosamente al cielo.

Cuando Sema y su mujer volvieron en sí, nada había cambiado en la habitación; padre, madre é hijos estaban reunidos y henchidos de un gozo divino.

FIN



RÉGULO.

(250 antes de J. C.)

POR TH. H. BARRAU.

Después de vencer á los cartagineses en Africa, el cónsul romano Régulo fue vencido por ellos y hecho prisionero. Conducido á Cartago, tuvo que sufrir los más crueles tratamientos, haciéndole expiar así los duros triunfos de su patria. Los romanos, que con tanto orgullo encadenaban á sus carros los reyes destronados, mujeres y niños anegados en llanto, ¿podrían esperar que fueran respetados sus conciudadanos en el cautiverio?

Poco después la fortuna fue favorable á los romanos, y Cartago pidió la paz; envió embajadores á Italia en cuya compañía iba Régulo. Habíanle exigido los cartagineses su palabra de honor de que volvería á su cautiverio si no tenían buen resultado las negociaciones, esperando así que abogarían en favor de una paz que le había de restituir su libertad.

El Senado romano dio audiencia á los embajadores y á Régulo, quien manifestó que por orden de sus seño-

res, venía á pedir á Roma la paz ó el canje de los prisioneros.

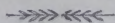
Expusieron los embajadores las ventajas de cada una de aquellas proposiciones y en seguida salieron del salón. Quiso seguirlos Régulo, pero los senadores le rogaron que asistiese á la deliberación.

Obligado á dar su dictamen, demostró con razones poderosas que Roma no debía hacer la paz ni acceder al canje. Admirados los senadores de su entereza, quisieron salvar á un ciudadano semejante; afirmaba el gran pontífice que se le podía absolver del juramento que había hecho de volver á Cartago.

“Seguid los consejos que os he dado, dijo el ilustre cautivo con voz solemne y tranquila, y olvidad á Régulo. Yo no me quedaré en Roma, pues no quiero atraer sobre vosotros la cólera del cielo por un perjurio. He prometido á mis enemigos volver á ponerme en sus manos si desecháis la paz, y cumpliré lo que he jurado; si faltara cometería un sacrilegio.

“No ignoro la suerte que me aguarda; pero el crimen mancharía mi conciencia, al paso que el dolor sólo romperá mi cuerpo; por otra parte, el mal no existe para quien sabe soportarlo. No me compadezcáis, pues, ¡oh senadores! yo vuelvo á Cartago y cumplo con mi deber; cumplid el vuestro.”

Dicho esto, sin proferir una palabra más, se levanta, sale de Roma con la vista hacia el suelo, y rechaza de sí á su mujer y á sus hijos por miedo de dejarse ablandar con sus sollozos. Dicese que los cartagineses emplearon los más espantosos suplicios para darle la muerte. Régulo es un memorable ejemplo de la influéncia que ejerce en un alma valerosa la fe de un juramento y el amor á la patria.



BIBLIOTECA ECONOMICA

42 volúmenes publicados, que contienen:

TOMO I.

- 1º "El primer beso," por J. Antonio Delgado; "Tapaligui," por Ricardo Fernández Guardia; "Palimpsestos," por Rubén Darío; "Amor ideal," por E. Gómez Carrillo; "Ondina," por Ramón Rosa.
- 2º "Florilegio," (colección de pensamientos de autores ilustres.)
- 3º "En las aguas de Abano," novela por Emilio Souvestre; "El Chapín," "El Guanaco," (cuadros de costumbres) y "El Almanaque," por José Milla.
- 4º "La Garza," "Las tardes de abril," "A mi gallo," (poesías,) por Juan Diéguez; "Fragmentos descriptivos" de los poemas de Batres Montúfar; "San Juan," "La Rosa," "Yo pienso en ti," por el mismo.
- 5º "Víctor Hugo," por Emilio Zola; "Waterloo," por Víctor Hugo.
- 6º "Waterloo," (conclusión,) por Víctor Hugo; "La tela invisible," por Hans Christian Andersen, y "En familia... yankee," por Heinrich Urban.
- 7º "Poesías," por Calixto Velado.
- 8º "Edgar Poe," por Carlos Baudelaire; "Ligeia," por Edgar Poe.
- 9º "Cuatro palabras con una momia," "El Gato Negro," "La barrica de Amontillado," "El cuervo," por Edgar Poe.
- 10º "José Cecilio del Valle," por Rómulo E. Durón; "Acta de independencia," "El sabio," "Los maestros," "El campo," "Elogio fúnebre del p. Goicoechea," por José Cecilio del Valle; "Valle, juzgado por Barrundia."

TOMO II.

- 11º "Cuentos populares," por don Antonio de Trueba.
- 12º "Poesías," de Vicente Acosta.
- 13º "Dos idilios," por Ludovico Halévy.
- 14º "Dos idilios," (conclusión,) por Halévy; "La moral del matrimonio," por W. S. Lilly; "Quién tiene la culpa?" por Amelia E. Barr y Rosa Terry Cooke.
- 15º "El Crimen de Julieta," por Charles Corbin.
- 16º "El Crimen de Julieta," (Conclusión), por Charles Corbin; "Elogio fúnebre de Fr. Matías Córdoba," por José Milla; "La tentativa del león y el éxito de su empresa," por Fr. Matías Córdoba.
- 17º y 18º "Efemérides Centro-americanas," por Alejandro Marure.
- 19º "Tradiciones," por Ricardo Palma.
- 20º "Poesías" de Salvador Díaz Mirón.

TOMO III.

- 21º "Tres héroes," por Juan Montalvo.
- 32º "Lohengrin," por Ricardo Wagner.
- 23º "Páginas alegres," por Luis Taboada.
- 24º y 25º "Cyrano de Bergerac," por Edmundo Rostand.
- 6º 27º y 28º "Werther," por Goethe.

- 29º "San José," por Alejandro Dumas; "La novia ó el tigre," por F. R. Stockton; "Odio de mujer," por Luis Ulbach.
 30º "Artículos y Biografías," por Pedro Ortiz.

TOMO IV.

- 31º y 32º "Poesías" de Rubén Darío.
 33º "Estudios críticos," por Juan Bertis.
 34º "Manfredo" por Lord Byron.
 35º "Manfredo (conclusión) y Peregrinación de Childe Harold (fragmento)," por Lord Byron.
 36º "Semblanza de Lamartine," por José M^a de Heredia; "Biografía de Homero," por Lamartine.
 37º, 38º y 39º "Filigranas," por Edmundo de Amicis.
 40º "Una dote," por Ernesto Legouvé; "Un alcalde popular," por Federico Mistral.

TOMO V.

- 41º "Flores de literatura china."
 42º "Enigmas de la vida," por el Conde León Tolstói.
 Siempre lectura SANA y selecta.

NUEVOS AGENTES

DE LA

Biblioteca Económica

En Sonsonate.....	don <i>Jesús Choto.</i>
„ Cojutepeque.....	„ <i>Gonzalo Herrera.</i>
„ Santa Ana.....	„ <i>Victor Choto.</i>

Damos las gracias á los señores don Francisco J. Rivas, don Miguel Cucalón y don José León Leiva, que dejaron de ser Agentes por haber cambiado de residencia, y que tanto favorecieron á la *Biblioteca* con su eficaz propaganda.